

Y sin añadir una palabra más, volvióle la espalda...

Harto había dicho sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entonces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido, que al fin se desahoga: era el buey Apis, el Excmo. Martínez que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujado entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara á un insecto, á su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vivo gozo del triunfo, díjole imprevisoramente:

—Martínez... —encargue V. el uniforme.

Y una vocesita burlona, que jamás se pudo averiguar de donde había salido, contestó á su espalda:

—Con que vuelva del revez el de D. Amadeo, sale del paso sin gastos.

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia, que había de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el Rey á sus habitaciones, salieron de la antecámara por orden de antigüedad los Grandes recién cubiertos, para ser presentados al cuerpo de Alabarderos.

Allábanse éstos formados á uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llevando á la derecha sus padrinos, debían de bajar por un ramal y tornar á subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacían el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giacquinto, representa á la España ofreciendo á la Religión sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pié en la galería, y salieron á su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

¡Io non' Ré, so Dio!

Buscó con la vista á Martínez, y vióle á diez pasos de dis-

tancia, con la cabeza ladeada, apoyada en su garrote, y su risa de paletó sobre los labios, recibiendo también sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y estrujándose por estrechar su velluda manaza, entre las suyas finas y enguatadas, al compás de previsora lisonjas. El general que acompañaba ántes al Ministro de Gracia y Justicia, invitábale muy finamente á una cacería en sus tierras de Paudillo: era Grande de España, y llamábale en Palacio el *cuchillo indicador*, por ser siempre el primero en adivinar la mata, por donde había de saltar un ministro.

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernandito daba prisa por marcharse. Currita convidó á comer á Martínez y á Jacobo, y ambos aceptaron; mas éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiaguista con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar á Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de cámara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio.

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirólo un momento aterrado... Parecíale una gota de sangre.

VI

Era al día siguiente Domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, bo-

mo una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habían logrado sustraerse á las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho aun á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitaría de sus servicios, segun su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido.

El Sr. Marqués llamaba, y llamaba tan de prisa, que aun antes de que Damian lograra medio vestirse, sonaron otros dos fuertes repiques, en cuyo timbre creyó reconocer el ayuda de cámara, todas las intemperancias del mal humor que se desborda, y de la impaciencia que estalla.

Arreglándose con los dedos la negra y rizada cabellera, abrió violentamente la puerta del despacho, para llegar por allí mas pronto á la alcoba, y quedóse parado en el dintel, tieso como un huso, cuadrado como unquinto, y estupefacto cual si hubiese visto levantarse el sol, en mitad de la noche.

El Sr. Marqués, vestido ya por completo de mañana, hallábase sentado á su mesa de escribir, con una carta cerrada en la mano.

—¿El Sr. Marqués ha llamado?...

—No he llamado... he repicado trescientas veces—esclamó Jacobo con ira; dominándose al punto, alargó á Damian la carta, diciendo sin mirarle:

—Esta carta á su destino...—La llevas tú mismo al momento... Si no viviese allí ese... señor—que bien pudiera ser, ¿preguntas al portero donde se ha mudado, y allí la llevas...? ¿Te enteras?...

Hizo Damian una muda reverencia, y salió leyendo el sobreescrito de la carta, que era el siguiente:—Señor D. Francisco Javier Pérez Cueto.—Calle de X**, núm. 10.—Tercero.—Derecha."

Encogióse Damian de hombros por parecerle el tal Pérez Cueto algun pobre diablo que no merecía se molestase él en llevarle una carta, y Jacobo quedó solo, preguntándose qué

se hace un hombre en esta vida, levantado desde las ocho de la mañana.

La campana de la vecina iglesia de San José comenzó á tocar en aquel momento, como si quisiera contestarle que ir á Misa, y Jacobo recordó entónces que hacia catorce años, desde el primero de su matrimonio, que no había oído ninguna.

Sintió entónces cierta tristeza, cierto malestar que le aquejaba á pesar de sus satisfacciones de la víspera, desde el momento en que los masones habían repetido por segunda vez aquella ridícula *broma del sellito* que ahora como entónces había venido á asustarle primero, á irritarle despues y á despertar por último su fogosa é irreflexiva actividad de un momento, á la vista de aquel peligro misterioso que hubiera debido conjurar ya dos veces, sin haberlo hecho ninguna. Lamentábase entónces de su imprudente apatía, y prometiéndose remediarla, confesábase allá en el fondo de su corazón.

Que propio del cobarde es,

Llorar la ocasión perdida.

No la juzgaba él, si embargo, pasado del todo, puesto que tenia en su poder las cartas de Garibaldi, que explicaban su conducta y garantían de su persona. Ciertó que habían perdido ya estas cartas mucho de su fuerza, por haber muerto en aquel intervalo el viejo revolucionario, y por su demora propia en entregarlas; mas no le faltarian á él mentiras complicadas y habilidosos enredos para explicarlo todo á su gusto, y ademas, su posición había de variar muy pronto, adquiriendo grande importancia.

Opinión de todos fundadísima era que el buey Apis estaba abocado á ser Presidente del Consejo, en cuanto viniera á tierra aquel Gabinete que ya se tambaleaba, y entónces, ¡eh, entónces! sería él seguramente ministro, y desde las alturas del banco azul, teniendo él la sartén por el mango, podía ya reirse impunemente, así de las burlas como de las amenazas de los masones.

Aquella noche, mientras desvelado daba vueltas en el lecho sin poder desechar su inquietud, no obstante sus razo

namientos, decidió, sin embargo, no esperar esta vez para tomar un partido, al tercer acto de la estúpida comedia, á la llegada del tercer sellito....

Venían dirigidas las cartas de Garibaldi á un H. °. Neptuno, gran personaje, en las logias, que despojado del tridente, la corona de algas y los simbólicos tres puntos, quedaba reducido en la vida ordinaria á un don Francisco Javier Pérez Cueto, fabricante de almidón en uno de los arrabales de la corte: entidad perfectamente desconocida para todo el mundo, tras de la cual, según opinión de algunos, ocultábase cierto personaje famoso que vivió y murió haciendo ruido.

Jacobo no lo ignoraba, y había tenido ocasión de comprenderlo en sus tiempos de amistad íntima con el Conde de Reus. A este pues Pérez Cueto escribió Jacobo una carta, en que con frases muy corteses á la vez que apremiantes, pedíale una entrevista para tratar un asunto de gran le importancia; observaba en ella todo el ceremonial masónico, y firmaba con su antiguo nombre de guerra, H. °. Byron, basado en su prodigiosa semejanza con el lord poeta...

Media hora larga debía de emplear Damián en ir y volver de casa de Pérez Cueto, y púsose Jacobo mientras tanto á formar en un papelito con las cartas de Garibaldi delante, una especie de croquis de las mentiras y enredos con que había de probar su inocencia al H. °. Neptuno.

Sorprendióle la llegada de Damián en esta operación todavía, é interrogóle al punto con la vista: el Sr. Pérez Cueto estaba en casa, y la carta le había sido entregada.

Jacobo respiró desahogado, como si viera ya con esto finalizado el negocio, y no ocurriéndole otra cosa que hacer desde aquella hora hasta la del almuerzo, parecióle lo mejor meterse de nuevo en la cama; decididamente era una aberración incomprensible, la de aquellas gentes que se levantan antes de las doce del día.

—Si viene alguna carta,—dijo á Damián, me despiertas en seguida... Si no, entra á las dos en punto...

Y como ninguna carta vino, entró Damián en la alcoba á las dos en punto, encontrando al Sr. Marqués profunden-

te dormido. Levantóse éste de muy mal humor, vistióse muy despacio con su elegancia acostumbrada, almorzó parcamente y sin apetito, marchóse luego al Veloz, dejando á Damián la orden de llevarle allí al momento, cualquiera carta ó recado que para él llegase.

En el Veloz, disipóse de repente su humor negrísimo, y comenzó á reír y divertirse como un muchacho: Gorito Sardona y Pacó Velez, asomados á un balcón, tiraban á los transeuntes un *saquillo*, y púsose Jacobo á ayudarles; era el saquillo un lindo canastito, adornado con cintas y cascabeles, y atado con un cordón de seda lo bastante corto, para que no llegase á dar en los sombreros de los transeuntes.

Lanzábanlo con grande fuerza sobre las damas que pasaban, y asustadas ellas con el ruido, encogíanse prontamente, levantando las cabezas: entonces, si eran jóvenes y bonitas, arrojábanles una lluvia de dulces y flores: si eran viejas ó feas, sacábanles la lengua con la mayor insolencia.

El juego, aunque poco digno de un futuro ministro, parecióle á Jacobo muy divertido, y mandó encargar al punto para el día siguiente, en la Mahonesa, un par de arrobas de *confetti*, especie de bombones rellenos de harina, con que se apedrean los máscaras en el Corso de Roma.

Al oscurecer, abandonó Jacobo el balcón para dirigirse á casa de Currita, donde estaba citado con el buey Apis desde la víspera: cierto Senador famoso, disgustado recientemente con el Gobierno, había solicitado de Martínez por medio de la dama una entrevista, y ella apresuróse á ofrecerles, como terreno neutral, su propia mesa; ambos debían, por lo tanto, comer aquella noche en casa de la Albornoz con este objeto, y Jacobo, el niño mimado del nuevo partido, no podía faltar tampoco en aquella ocasión, al lado de su jefe.

El futuro ministro subió por la calle de Alcalá, atravesó la Puerta del Sol, y entró por la calle del Carmen: frente á la iglesia de este nombre había parado una grotesca estudiantina, vestida de amarillo y encarnado, tocando desentonadamente un vals de *La Gran Duquesa*.

Un hombre muy alto, encaramado sobre unos zancos que le ponían al nivel de los segundos pisos, recogía propinas de los balcones, tocando el clarinete y haciendo piruetas: la mul-

titud reía en torno, contemplando las contorsiones del volatinero, y algunos grotescos mascarones chapalateaban sobre el fango, dando vueltas vertiginosas al compás del vals canallesco.

Las sombras del crepúsculo prestaban un tinte oscuro y asqueroso á aquel cuadro de arrabal, en que parecía revolcarse sobre el cieno de las calles, el cieno de las almas.

Jacobo procuraba abrirse paso á través del gentío, arriándose á la escalerilla de la iglesia; mas detúvose de pronto sorprendido y ocultóse al punto como asustado, detrás de unos mascarones cubiertos con pingajientas colchas de zaza atadas por la cabeza, que saltaban delante de él, medio borrachos.

Al lado mismo de Jacobo y en su dirección misma, marchaban dos hombres al parecer extranjeros, agarrados del brazo para no separarse el uno del otro, entre los remolinos de la gente. Llevaba el mas viejo una bufanda encarnada que le cubria la camisa, un sombrero calabrés algo mugriento, y un arete de oro en la oreja izquierda; el más joven era bajo, rechoncho y sin pelo de barba en la rolliza cara.

Quedóse atrás Sabadell, mirán doles muy espantado como si quisiera reconocerles...

No había duda: era el mas viejo un italiano llamado Casanello, que había conocido él en las logias de Milán, y vuelto á ver aquel mismo año en Caprera, en casa de Garibaldi.

Los dos hombres se volvieron de repente por no poder atravesar el gentío, y asustado Jacobo cubrióse al punto el rostro con el pañuelo cual si se limpiase las narices, y subiendo muy de prisa la escalerilla del Carmen, entróse en el templo...

Al pronto no vió nada, sino una gran oscuridad cortada en el fondo por un foco de luz brillantísimo, en cuyo centro estaba expuesto en la custodia el Santísimo Sacramento. Distinguíase al pie del altar una gran masa negra, y salía de ella á intervalos un suave clamor, lento y pausado, que parecía contestar á otra voz más enérgica y acentuada.

—¡Ora pro nobis!...

Detúvose el fugitivo un momento, turbado, con cierto pavor respetuoso, semejante al del profano que se encontrara

de repente en el fondo de las Catacumbas, en medio de los divinos Oficios; á lo lejos, oíanse en la calle el vals de *La gran Duquesa* y los gritos de la canalla... Dió entonces dos pasos á tintas, extendiendo el brazo para salir por la puerta de enfrente á la calle de la Montera, y tropezó con un confesonario arrimado á la pared de la derecha; abrióse al punto la puertecilla baja de delante, y apareció una mano muy blanca pegada á una manga muy negra. Jacobo retrocedió un paso sorprendido, y la puertecilla se volvió á cerrar y tornó á desaparecer la mano, oyéndose una voz pausada que decía en el fondo de aquellas tinieblas:

---Dispense V...---Creí que venía á confesarse....

Sublevóse el impío orgullo de Jacobo ante aquellas sencillas palabras, y contestó brutalmente:

---Eso se queda para las viejas....

La voz, sin perder su serena pausa, dijo entonces desde las tinieblas:

---*Vocavi et renuistis...*

—¿*Vocavi et renuistis?*---preguntóse Jacobo sin comprender el significado de la terrible frase

Y abiendo violentamente la puerta una gran bocanada de aire ensordeció sus oídos con el vals de *La Gran Duquesa*, apagando por completo el dulce silbo del cielo el piadoso clamor de la misericordia.....

—¡*Ora pro nobis!*...

Por calles extraviadas y volviendo siempre la cara atrás cuál si le persiguiesen, llegó á casa de la Albornoz muy agitado. El encuentro de aquel hombre en aquellas circunstancias, hábiale inspirado un terror muy parecido al que sintió meses antes, al ver vacíos en el álbum del tío Frasquito los huecos ocupados en otro tiempo por los tres sellos. ¿Qué vendría á buscar aquel pajarraco en la corte? ¿Tendría que ver algo su venida con el asunto de los masones? ¿Habría acaso en todo aquello, algo más que una estúpida broma?...

Encantadora estaba Currita aquella noche con sus rojos pelitos peinados á la griega y una extraña *toilette* un poco abigarrada, muy propia del caprichoso tiempo de carnestolendas. No había ido por la tarde al paseo del Prado; incomodábala mucho aquel eterno dar vueltas de los días de

Carnaval, expuesta siempre á oír las desvergüenzas que escupen la envidia y la insolencia, tras el anónimo de una careta... ¡Cuántas había escuchado ella antes de salir escarmentada! Quedóse, pues, en su casita, como mujer de provecho, cuidando de Fernandito que andaba desmazalado, y ya entrada la noche llegó primero el Excmo. Martinez, y á poco el Senador del Reino D. Vicente Cascante.

Jacobo no había venido todavía, y disgustada Currita por creer que toda palabra del buey Apis pronunciada á espaldas de aquel amigo querido, era un fraude que á éste se hacía, salió impaciente en su busca. Solía Jacobo algunas veces entrar en el *boudoir* ó en las habitaciones de Fernandito, como persona de la más familiar confianza, y no parecer en el salón hasta el momento mismo de la comida. Al atravesar una antesala, encontróse Currita un lacayo, que le presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el Sr. Marqués de Sabadell,—dijo.

Tomóla al pronto Currita con grande prisa, y miró el sobre; era su letra una de esas letras inglesas de mujer, de rasgos firmes y corridos, por debajo del nombre de Jacobo decía: *Urgenísima*.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó.

—Damián la ha traído....—El Sr. Marqués ha estado todo el día esperando esa carta, y dejó dicho que en cuanto viniera se la llevaran al Veloz.... Damián fué allí y el Sr. Marqués había ya salido; tomó entonces un coche y la trajo aquí corriendo.

Currita quedóse un instante muy pensativa y dijo al cabo:

—¿Y el señor Marqués no ha venido?

—No ha venido todavía.

—Está bien;—yo se la entregaré cuando venga....

Y con la carta en la mano entróse en el *voudoir*, arrugando el entrecejo, la boca fruncida y torvos los claros ojitos. A la luz de la gran lámpara sostenida por el negro de ébano, tornó á registrar la carta por todos lados; era el sobre de rico papel muy recio, no tenía timbre, sello ni inicial alguna, y venia ligeramente pegado con la misma goma de los bordes.

Currita introdujo un fino cuchillo de marfil por debajo, y

el recio papel, sin doblarse ni romperse, se despegó fácilmente. Venia dentro una de esas tarjetas cuadradas en que suelen escribir sus esquelas las damas elegantes, cortada de intento la esquina superior izquierda, en que sin duda debió de haber algún timbre ó algún nombre. En breves renglones decía:—“La cita que me pide, me compromete mucho; pero cedo á los sentimientos que me inspira, y le espero esta noche de doce á una, en la calle de X.** número 4, principal, derecha.—Silencio y discreción.—No diga al portero mi nombre; pregunte por la señora de Rosales.—N.”

—¿Qué delicia!—murmuró Currita; y mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, volvió á leer por dos veces la carta, sentándose antes en una butaca.

Quedóse luego pensativa breve rato, sin que denunciase su alteración más que un imperceptible temblorcito en la mano que sostenía la carta, una ligera crispatura en los labios, un torvo reflejo en la vista, fija siempre en la alfombra. No era ya su mirada la de la ninfa Calipso, orgullosa, placentera, rebozando vanidad satisfecha y gratas satisfacciones; era la mirada celosa, furibunda y salvaje, de la Medea que describe Séneca, terrible é imponente en medio de su sombría calma.

Sin perder un punto de la suya, escribió Currita en un plieguecillo de papel timbrado las señas que venian en la carta; volvió á leerla por cuarta vez, y la metió de nuevo en el sobre, tornando á pegar éste con una poca de goma. Mantívola un momento al calor de la chimenea para dar tiempo á que se secase por completo, y arrojóla luego sobre su lindo escritorio. Entonces llamó á Kate.

—¿El Sr. Marqués de Sabadell ha venido?...

—Ahora mismo acaba de entrar y está en el salón con los señores.

—Ahí encima debe haber una carta.... Que se la entreguen en seguida.

Tomóla Kate de sobre la mesa y se dirigió á la puerta; mas la señora, siempre taimada y astuta, y sin dejar ver á nadie el juego de sus cartas, díjole con voz muy displicente y quejumbrosa.

—Mira, hija--prepara antes una dosis de antipirina...

¡Me está barruntando una jaqueca!...

Volvió Kate á poco, revolviendo en una copa, con preciosa cucharilla, la medicina pedida.

—¿Han entregado la carta?—preguntó Currita.

—Como dijo la señora Condesa que trajese antes la antipirina...

—Pues anda, mujer...— ¡Si dice en el sobre urgente!...

No bien salió Kate, arrojó Currita en la chimenea la medicina, y dirigióse muy de prisa al salón azul, donde acababa de entrar Jacobo. Quería ella ver de cerca la impresión que causaba á éste la lectura de la carta: un momento después, presentábasela un criado en una bandeja de plata.

Abalanzóse á ella Jacobo con grande ansia, y sin mirar apenas el sobre, rasgóle en dos pedazos... Currita le devoraba con la vista, mas no pudo notar en su rostro señal de gozo ni satisfacción alguna; observó tan sólo una gran ansiedad mientras leía, y luego una honda preocupación que le duró toda la comida. A veces charlaba largo rato sin cesar un punto, con cierta excitación nerviosa que prestaba brillantez á su conversación, y alarmaba á Currita: otras enmudecía de repente y quedábase pensativo y preocupado, sin prestar apenas atención á lo que en torno de él se hablaba.

Hallábase muy perplejo; había comprendido desde luego que aquella extraña carta era la del H.^o. Neptuno, porque á nadie sino á éste había pedido él cita alguna; mas extrañábase por lo mismo la singular manera de su redacción, y el empeño manifiesto que en ella se notaba de encubrir todo lo que pudiera denunciar su carácter masónico, y hacerla aparecer tan sólo como una cita galante y misteriosa, según la había juzgado ya, engañándose por completo la misma Currita.

Despertóle esto la fundada sospecha de si la carta ocultaría algún lazo, y de nuevo renacieron sus temores; mas recordó luego las mojigangas ridículas y los aparatosos misterios de que suelen rodearse siempre los masones, esforzóse por creer lo que mas halagaba sus deseos y ahuyentaba sus recelos; que en todo aquello había tansolo una broma impertinente y ridícula, que había que apurar hasta el cabo, y que la carta de Perez Cueto era el chasco de carnaval que debía

coronarla. De repente, en uno de aquellos momentos de preocupación que la lucha de estas ideas le causaba, dijo á D. Casimiro Pantojas, que se hallaba á su lado:

—Diga V. Pantojas...—¿Qué significa *vocari et reuiviti?*...

Miróle el bueno de D. Casimiro muy asombrado, y satisfecho de poder lucir su erudición, contestóle al punto:

—Significa literalmente *te llamé y me rechazaste...* y son las palabras de Isaías, si mal no recuerdo, que dirige el Señor á los pecadores empedernidos que resisten á su misericordia.

Echóse Jacobo á reir, y Currita le preguntó con malicia:

—¿Piensas hacer en el Senado alguna homilía sobre ese texto?...

—No pienso yo hacerla, sino que me la han hecho á mí esta tarde,—contestó Jacobo.

Y añadiéndole ridículos permenores, contó la escena del confesionario en la Iglesia del Carmen, guardándose muy bien de decir el verdadero motivo de su entrada en el templo: según él, habíale sido imposible el tránsito por la calle del Carmen, y atravesó por la Iglesia para salir á la de la Montera. Riéronse todos mucho de la ocurrencia del cura, y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, dijo con gran prosopopeya é hinchazón sentenciosa:

—Pero noten ustedes cómo en medio de lo ridículo del caso, resalta siempre la soberbia y la insolencia del clero... ¡Siempre disponiendo de los rayos celestes como si Dios les hubiera dado á ellos la llave!... Eso es insufrible, y cien veces lo he dicho y lo repetiré otras ciento; la dureza y la intransigencia del clero, es lo que está carcomiendo la Iglesia de España.

Y el Sr. D. Vicente Cascante, Senador del Reino, para enardecer el celo de la casa de Dios, que se lo comía, comióse él una pechuguita de perdiz con gesto de pesar profundo.

A las once de la noche, el palacio de Villamelón parecía por extraño caso, la morada de la quietud y del silencio: la señora Condesa se había retirado muy temprano á sus habitaciones á causa de una fuerte jaqueca que la molestaba des-

de la tarde; el Sr. Marqués habíase acostado también, aquejado de fuertes mareos, y la numerosa servidumbre, libre de toda traba y segura de no ser echada de ménos, habíase esparcido acá y allá, por los numerosos centros de diversión que ofrecen en Madrid las noches de Carnaval, á las gentes de todas raleas.

No dormía, sin embargo, todo el mundo en la casa; á las once y media abrióse con gran sigilo la puertecilla del jardín pegada por dentro al invernadero, y salió á la calle cautelosamente un bulto negro que cerró por fuera y se alejó rápidamente guardándose la llave.

Era una mujer enmascarada, que á pesar de sus altos tacones y de la especie de gran florón de anchas cintas negras que llevaba en lo alto de la cabeza para aumentar su estatura, aparecía muy pequeña: llevaba sobre un vestido corto de seda negra, un amplio dominó de igual color, y abrigábase el cuello, espaldas y brazos, con una rica tálma de pieles grises.

La incógnita cruzó rápidamente varias callejas sin muestras de miedo alguno, y entró por la calle Ancha de San Bernardo en la plazuela de Santo Domingo. Detúvose un momento en la esquina y miró á todas partes; la concurrencia era allí todavía numerosa de máscaras que se dirigían á los bailes, transeúntes que iban de un lado á otro y carruajes que cruzaban. Hacia la calle de Tudescos, había tres simones parados, dormitando sus cocheros en los pescantes: dirigióse la incógnita al de en medio, abrió ella misma la portezuela, y mandó al cochero que despertaba sobresaltado parar en el paseo de Recoletos á la entrada de la calle de X.**: era esta calle una de las varias que van á parar perpendicularmente en la de Serrano.

Apeóse la incógnita en el sitio indicado, y ordenando esta vez al cochero que aguardase, entró por la calle X.** mirando á una y otra acera, como si inspeccionase el terreno. Es esta calle muy corta, y formábanla en aquel tiempo, por la acera de la izquierda, la gran verja del jardín que rodea á un Hotel de Recoletos, un solar lleno de escombros, y la esquina de una casa de la calle de Serrano, en la cual se abría una puertecilla al parecer condenada; á la derecha extendía-

se primero la fachada lateral de cierto edificio público; seguía luego un Hotel suntuoso, y terminaba la acera con otro solar en construcción, y la esquina de otra casa de la calle de Serrano, en que no había puerta ninguna.

La incógnita, en que el lector habrá ya reconocido sin duda á la intrépida Currita, pareció muy perpleja: indudable era que en la calle X.** no existía el número 4, puesto que no había otra casa que el suntuoso Hotel, y en este vivía precisamente, —¡qué coincidencia! — la Mazacán en persona....

¿Vendría quizá equivocado el número de la casa, y sería aquella buena alhaja la autora de la carta?... Parecióle esto á Currita improbable, y un hecho positivo la sacó de dudas: abrióse de repente la gran mampara de cristales, que cerraba en el Hotel el fondo del vestíbulo, y apareció un coche que vino á detenerse al pié de la escalera: ni el cochero ni el lacayo traían librea, ni veíanse tampoco en el coche armas, iniciales ó corona: al ejercitado olfato de Currita, olióle todo aquello desde luego á principios de aventura.

Bajaron á poco dos damas, vestidas de chulas, con riquísimos mantones de Manila, pañuelos de seda en la cabeza, y antifaces de terciopelo color de rosa: en la estrepitosa carcajada que soltó una al entrar en el coche, reconoció Currita á Leopoldina Pastor, y en su alta estatura y el aire de dueña con que dió al lacayo la orden, adivinó al punto en la otra á su mortal enemiga, la Mazacán misma. Arrancó el coche, y Currita respiró desahogada: indudable era que las dos amigas se marchaban al Real, á correr alguna *juerga*.....

Volvióse entonces la dama á su coche, decidida á esperar allí pacientemente, y recatándose lo posible, acomodóse lo mejor que pudo en el fondo, sin dejar de mirar por la ventanilla á lo largo de la calle. Extendíase esta frente á ella, solitaria por completo, subiendo en suave declive hasta la de Serrano, y veíanse cruzar á través con cierto aspecto fantástico, como por el cristal de una linterna mágica, transeúntes que el frío hacía marchar apresurados, coches que llevaban máscaras á los bailes, y de cuando en cuando los tranvías que subían y bajaban con sordo ruido, pareciendo á lo lejos monstruosos faroles ambulantes. Solo dos reverberos de gas

alumbraban la calle; el portero del Hotel había entornado la puerta, y el cuarto menguante de la luna derramaba su suave claridad, permitiendo distinguir claramente los objetos.

Un reloj lejano dió las doce y cuarto, y á poco bajó pausadamente de la calle de Serrano un hombre muy alto, con gran levitón y sombrero de copa, trayendo ambas manos cruzadas á la espalda: parecía un loco desocupado que fuera á tomar el fresco de la media noche en Recoletos, ó un genio que meditara una obra maestra, ó un desesperado que fuera á escoger el árbol más á propósito para ahorcarse á la luz de la luna, ó el lugar más solitario para descerrajarse un tiro en mitad del pecho.

Currita le miró con ese sentimiento de terror que inspira á las altas horas de la noche, todo lo que suponemos extraño ó misterioso, y escondióse más en el fondo del coche. En la esquina misma de Recoletos, cruzóse el hombre del levitón con otro que venía apresuradamente de aquel mismo sitio; asomóse Currita al vidrio trasero, y el corazón le latió con fuerza....

Era Jacobo, gallardamente embozado en una capa andaluza con vueltas rojas, y cubierta la cabeza con un sombrero hongo de color claro; torció la esquina sin fijarse en el coche, y comenzó á subir por la calle ya más despacio, examinando las casas atentamente. La misma perplejidad que asaltó á Currita, asaltó á él también, al notar que faltaba el núm. 4; la dama, ahogándose de ira, véale marchar con la mano puesta en la llave de la portezuela, como si acechase el instante de salirle al encuentro.

Jacobo, cansado al fin de dar vueltas, acabando de creer que el asunto todo de los masones era una farsa, y la carta de Perez Cueto un chasco de Carnaval que debía completarla, decidióse á llamar como última prueba á la puertecilla condenada, única que, fuera á parte de la del Hotel, había en la calle: los golpes retumbaron en el silencio, y un eco muy extraño que asustó á Currita, los reprodujo á lo léjos.

Nadie contestaba, é impaciente Jacobo llamó hasta tres veces, cada vez con más fuerza; dió entonces una gran patada en el suelo, y siguiendo adelante, dobló la esquina de la calle de Serrano.

Este fué el momento escogido por Currita para lanzarse del coche, y correr tras de Jacobo, temerosa de que la puerta de la casa estuviese por el otro lado, y se le escapara dentro. Jacobo sin embargo, no había pensado en esto, ó no había podido lograrlo. Encontróle Currita parado en la acera, examinando atentamente la fachada de la casa; era esta de modesta apariencia y estaba ya la puerta cerrada; en la planta baja hallábanse establecidas las oficinas de una Agencia Funeraria.

Encontráronse los dos amigos frente á frente, y no obstante el disfraz de la dama, reconocióla al punto Jacobo; con más sorpresa que disgusto, salió entonces á su encuentro:

—¡Criatura!... —¿Qué haces aquí?... —¿A qué has venido?...

Ella, agitada por mil sentimientos encontrados, entre los que sobresalía la ira, contestó con amarga burla:

Pues nada...—Venía á indicarte dónde está el núm. 4.

—¿Pero quién te ha dicho eso?—exclamó el otro asombrado. Vamos, tú has creído otra cosa....

Y cogiéndola del brazo, dobló con ella de nuevo la esquina de la calle de Serrano; entónces, ciega de ira la dama, parada en la acera cual si la rabia la hubiese allí enclavado, comenzó á arrojar por la boca todos los sentimientos de su corazón mezclados y confundidos, pero bajo la forma siempre del insulto, á la manera que lanza un volcan todas las materias contenidas en su seno, formando un solo cuerpo, un solo torrente de lava que tala y destruye por donde quiera que pasa.... Esfórzabase en vano Jacobo por probarle su inocencia; ella no le dejaba hablar, y con sus flacas manecitas hábale deshecho el emboso, levantando hasta el rostro de él las uñas, como si quisiera arrancarle los ojos.

Jacobo, irritado también por la burla de Perez Cueto, acosado por los reproches de Currita, y temeroso de perder la amistad para él indispensable de ésta, vióse al fin forzado á confesarle toda la verdad, con el fin de aplacarla....

Consiguiólo al punto; al oír la dama el nombre de masones, apagóse en el acto su ira, y llenóse en cambio de un espanto casi pueril, extraño en un caracter de tan enérgico temple.

— ¡Vámonos, vámonos!—decía: por Dios te lo pido, Jacobo, no te quedes aquí — ¡Vámonos!

Y con acento de verdadero terror, mirando á todas partes espantada, repetía muy bajo:

— Excomulgados!—¿Sabes? ¡Están excomulgados!

Jacobo, creyendo con razón que el terror es contagioso, porque sentía él comunicársele el que á la dama agitaba, procuró sin embargo sosegarla.

— Pero no seas tonta, — mujer, no seas chiquilla... Vámonos si quieres, pero sosiégate. ¿No estoy yo contigo?... ¿Has venido sola?...

— Sí...

— ¿Pero á pié?... — ¡Qué locura!

— No... — tengo ahí un simón...

— Pues te acompañaré en él á tu casa, y me llevará después á la mía.

— ¿Traes armas?—dijo ella muy bajo.

— Sí, un revólver.

Se dirigieron ambos hacia Recoletos, mirando ella á todas partes muy azorada, procurando él rechazar con la idea de que era un chasco de Carnaval la carta de Pérez Cueto, la inquietud que á pesar suyo le causaba el extraño terror de Currita...

Al volver la esquina, miráronse ambos en silencio, cual si el exceso de su espanto les paralizara las lenguas... El coche había desaparecido, y ni por una ni por otra parte del paseo se divisaba á lo lejos.

— ¿Le habías ya pagado?—preguntó Jacobo estupefacto.

Y ella pegándose á él con el temblor de un calenturiento, contestóle muy bajo:

— No... — no le había pagado.

El caso era extraño, y Jacobo sintió renacer con mayor fuerza todas sus inquietudes; imposible era que el cochero se hubiese marchado sin cobrar, si álguien no le hubiera obligado ó persuadido á marcharse, tuvo entonces un momento de angustiosa perplejidad, de verdadero miedo que pasó por su ánimo naturalmente valiente, extremeciéndolo, como á un cuerpo robusto un soplo helado.

— Vámonos andando, — dijo.

Y ambos echaron á andar agarrados del brazo, sin pronunciar una palabra, atravesando diagonalmente el paseo para ganar la acera opuesta, por parecerle quizá menos solitaria. Currita marchaba muy de prisa, sin mirar á ningún lado, fijos siempre los ojos en las luces de los faroles que le parecían la salvación y la vida, sintiendo á la vez deseos y terror insuperable de volver atrás la cara. Al poner el pié en la acera, respiró Currita algo más desahogada, y atrevióse á mirar á un lado y otro: todo parecía solitario, y tan solo por la calle del Almirante vió á un hombre que marchaba á lo lejos, con las manos en los bolsillos, silbando la marcha de *Pan y toros*. Al pasar por San Pascual santiguóse Currita muy de prisa, y Jacobo, oprimiéndole el brazo cariñosamente, dijo en son de burla:

— ¡Tonta!...

Llegaban ya al Ministerio de la Guerra, y allí Currita se tranquilizó más todavía, porque comenzaba á poblarse aquella soledad que le aterraba. Un coche subía por la calle de Alcalá y entraba por el paseo del Prado; en el jardín del Ministerio brillaba el fusil de un centinela, y algunas voces de hombres que venían cantando, escuchábanse muy cerca, por el lado de allá de la verja.

Forma la esquina del Ministerio un babellón aislado, de un solo piso, con cuatro fachadas y tres ventanas en cada una. Dos hombres decentemente vestidos, pero dando gritos y risotadas de borrachos, volvieron la esquina del pabellón, y emparejaron con Currita y con Jacobo, ante la tercera ventana: el más alto pegóse á la acera, y el más bajo llamóse á la corriente, dejándoles pasar por en medio... Hubo entonces una horrible escena de un segundo: Currita sintió que un brutal empujón la arrancaba violentamente del lado de Jacobo; que otra mano vigorosa tiraba del embozo á éste, que caía al suelo al pie de la ventana, y algo líquido y caliente brotaba como de un surtidor, chorreándole las ropas y las manos. El terror dióle alas para huir por la calle de Alcalá, sin una idea en la mente para definir lo que le pasaba, sin un acento en la garganta para lanzar un grito.... Un lastimero y agonizante llegó á sus oídos, y otra voz vigorosa